

VIII/21

C-VIII/21

UN COMENTARIO A PLATON

SOBRE MOTIVOS

DE

UNA PLUMA DE ORO.

DISCURSO GRATULATORIO

QUE, EN 20 DEL FENECIDO MARZO, DIRIGIÓ A LOS ALUMNOS DEL PRIMER CURSO DE ANATOMÍA,

SU CATEDRÁTICO

Doctor D. José de Letamendi.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑIA,
pasaje de Escudillers, núm. 4.

1874.

F-8
272
29



R. 32306

C-VIII/21

RE (Lot)

F-81772129

UN COMENTARIO Á PLATON

SOBRE MOTIVOS

DE

UNA PLUMA DE ORO.



DISCURSO GRATULATORIO

QUE, EN 20 DEL FENECIDO MARZO, DIRIGIÓ Á LOS ALUMNOS DEL PRIMER CURSO DE ANATOMÍA,

SU CATEDRÁTICO

Doctor D. José de Letamendi.



BARCELONA.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, número 4.

1874.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701252356

UNIVERSITAT BARCINONENSIS
SEMINARIUM
CLASSICÆ
PHILOGIÆ

Señores:

Al recibir ayer á la Comision delegada por todos ustedes para felicitar me en mis dias y ofrecerme, con tal motivo, un delicado presente, pude reconocer una vez más hasta qué punto el cariño preocupa y ciega. Solo así se comprende cómo unos jóvenes, á quienes cotidianamente he de dar, mal de mi grado, palpables muestras de mi imperfeccion y en cuya enseñanza debo, con tanta frecuencia, suplir por la voluntad lo que de sabiduría me falta, incurren al juzgarme en tal exageracion que me crean merecedor de la sublime joya puesta ayer en mis manos. Si á mi pequeñez dedican Vds. una **pluma de oro**, ¿de qué recurso habian Vds. de echar mano si, por dicha suya, hubieran por maestro á alguno de esos grandes génios de las letras, que han admirado á las generaciones con sus escritos? ¿Qué, pues, sino el afecto, ese multiplicador de los objetos simpáticos, ha podido mover á Vds. á llamarme á mí, de quien pocos tienen que aprender, á mí, á quién tantos pueden enseñar, á llamarme, digo, **modelo de escritores**, ya que esta es la calificacion que en el lenguaje simbólico dirige la aúrea pluma á quien la recibe?

Hondo, muy hondo debe de ser en mi alma el convencimiento del afecto que Vds. me profesan, cuando he podido, á despecho del claro conocimiento que de mí mismo tengo, aceptar de manos de la comision, á impulsos de mi profundo agradecimiento, la valiosa prenda que de parte del Curso me ofrecia.

Empero al aceptar de los irresponsables delegados de Vds. aquel obsequio, reservéme como empeño de conciencia, venir á apelar ante el Curso en pleno del tanto de pasion que su propio juicio envuelve, haciéndole patente, dado el carácter augusto de la Escritura y dadas las imponderables dificultades que ofrece el llegar á ser escelente escritor, la necesidad en que me veo de restringir el sentido y condicionar la aceptacion de aquella simbólica prenda, que el cariño de Vds. me adjudica.

Bien poco socorrido es, por cierto, el tema de mi protesta para que en ello campée la originalidad. De la esencia y la dignidad de origen de la Escritura tiempo há que todo está dicho. Hace ya veintidos siglos, es decir, desde unos mil setecientos años antes de la invencion de la Imprenta, Platon, el mas sublime escritor de la Grecia, haciendo hablar á Sócrates, dejó calificada la Escritura en estos concretos términos: φωνήν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καὶ θεῖος ἄνθρωπος; (*), lo cual á la letra dice: «**voz infinita ideada, ó por algun Dios, ó ya por divino hombre,**» y vertida al equivalente valor del moderno lenguaje significa: «*una voz perpétua é inmensa, de origen divino.*» No de otra suerte habia de discurrir quien, merced á la escritura,

(*) [PHILEBUS.—(Platonis Opera:—T. II, —pág. 48,—B.)—Editio Serrani.

pudo convertir en **perpétua é inmensa voz** los conceptos orales del **casi-divino** Sócrates.

Si, pues, Platon logró abarcar en tan concisa frase cuanto de fundamental cabe decir de la esencia y la dignidad de la Escritura, renunciemos á la ridícula pretension de ser originales para atenernos al muy humilde propósito de ser meros comentaristas del filósofo hebreo: que en esta actitud resignada, la sombra de aquel gran génio honrará nuestra modestia.

El dón de la palabra y el dón del pensamiento están unidos en la naturaleza humana por tan esencial vínculo, que no acertamos á imaginar cómo pluguiera á Dios cedernos el segundo negándonos el primero. Discurrir sin facultad de hablar seria un infierno en vida; hablar sin facultad de discurrir fuera la elevacion de la locura á regla natural. Así el pensamiento y el habla se aparecen en la práctica tan identificados, que, por una parte, una idea no la damos por clara y definida, sino en tanto que nuestra inteligencia dibuja netamente el vocablo que la debe expresar, mientras por otra parte un vocablo no es admitido como preciso, sino en tanto que expresa una idea claramente concebida. Por esta razon se ha podido decir, con general asentimiento, que una ciencia no es mas que **un lenguaje perfecto**, y por punto general se pudiera muy bien afirmar, que del grado de perfeccion de una lengua cabe deducir el de la civilizacion del pueblo que la ejercita y, vice-versa, que del grado de cultura de un país puede inferirse el de la perfeccion de su habla.

Mas, la palabra, ese chasquido que acompaña la explosion del humano pensamiento, constituye un recurso que, por sí solo, no basta á levantar á grande altura

la civilizacion de los pueblos. Atenida la voz, por su naturaleza mortal y corto alcance extensivo, á facilitar el desarrollo de la vida de familia, ó, á lo sumo, el de los rudimentarios medros de una tribu, no puede su influjo obtener aquella amplitud y aquella duracion que el comercio de los pueblos y la vejetante sucesion de las generaciones reclaman, viniendo á ser como la expresion sintética de esa impotencia relativa del lenguaje oral, aquel dicho vulgar de que «las palabras se las lleva el viento,» «*scripta manent, verba volant.*» Sí; las palabras se las lleva el viento en el sentido de que le es dado al hombre desdecirse de ellas; las palabras se las lleva el viento en el sentido de que la distancia las extingue; las palabras, en fin, se las lleva el viento, en el sentido figurado de que la muerte paraliza nuestra lengua y disipa los razonamientos que en vida profesamos.

De ahí que entre los pueblos animados de civil impulso, no se encuentre uno solo que no haya buscado hábil manera de **extender y perpetuar** su historia y su religion, sus leyes y sus victorias, su saber y sus virtudes, y ¿cómo? Por un medio, que verdaderamente instintivo debe de ser en el espíritu humano, cuando por todos los pueblos de la Tierra con tan admirable uniformidad ha sido hallado. Ante esta cuestion: «puesto que las palabras el viento se las lleva, ¿cómo dar garantías á los presentes? ¿cómo hacerse oír de los ausentes? ¿cómo hablar mas allá de la muerte á las generaciones venideras?» todas las razas han hallado análoga solucion por naturalísimo recurso. Imaginemos, señores, á un salvaje en el momento de inventar la Escritura. De la selva desciende magestuosamente; su rostro cen-

tellea de sublime orgullo; acaba de dar muerte á un leon, que estraviado vagaba desde algun tiempo por los cercanos bosques, esparciendo con sus fieros estragos el terror en las tribus comarcanas. Tenido nuestro indio por cazador sin rival, diestro, perspicuo, bravo y asaz veloz en su carrera para que los suyos le llamaran por sobrenombre «el rayo,» vió coronada con esta heroica empresa su reputacion de poderoso, y sintiendo despertar con ello en su alma la noble sed de aplauso y fama y de servir, así á los ausentes como á los venideros, de noble estímulo y virtuoso ejemplo, preocupado y anhelante vaga en busca de algo,... hasta que, como tocado de divina inspiracion, toma un fragmento de cuarzo, ó una punta de flecha, y absorto, cual pudiera estarlo el primer escultor del mundo al ir á bosquejar su obra maestra, comienza á desenvolver su pensamiento en blanda roca ó en vetusta corteza. En un extremo graba una cosa que quiere representar un leon atravesado por una flecha y, aunque lo graba cual pudiera hacerlo un niño de seis años, con los mismos garrafales defectos, procura, cual el niño, hacer destacar las cosas características del objeto representado: no le faltan, pues, á aquel bosquejo de leon ni fuertes uñas, ni agudos colmillos, ni abundosa melena, ni larga y tendida cola: por leon le reconocerán grandes y chicos, presentes y venideros; la figura ostenta el carácter de la cosa figurada; cumple, pues, con su fin. Al otro extremo, y por el propio modo, graba nuestro héroe un conjunto de líneas, que al través de su misma simplicidad representan claramente un hombre; pues aunque por sola su posicion erecta pudiera la figura ser confundida con la de un chimpanzé ó un gorila, acredita ser

de hombre, por tener en una mano el arco desarmado y laxo, con lo cual á un tiempo da á entender que la figura representa un hombre y que ese hombre ha sido el matador del leon. De repente el indio se para; cavila; mira en torno suyo, como en busca de algun recurso que su imaginacion necesita y no halla en sí,... y á poco, reanudando, resplandeciente de alegría, su tarea, graba junto á la figura humana una línea en zig-zag, y luego retrocede ufano para contemplar su obra, cual pudiera hacerlo Miguel Angel para mejor gozarse en su colosal **Moisés**. El triunfo del salvaje es completo; la figura humana no expresaba más sino que el leon habia sido matado por **un hombre**; el zig-zag trazado de arriba abajo y terminado en punta de lanza era lo que faltaba y que por fin halló; era la representacion de aquel fuego del cielo, que tantas veces el novel artista habia visto en medio de la tempestad rajar los nubarrones anunciando el trueno: la inscripcion estaba clara y completa; la gloria y el buen ejemplo asegurados: ya la piedra por sí sola le decia al caminante: *«El indio Rayo libró á sus hermanos, dando muerte al leon.»*

Probemos ahora, Señores, de acomodar á ese tosco ensayo de nuestro imaginado salvaje el concepto de Platon y veremos cómo ambas cosas no discrepan ni un ápice. El indio Rayo, con la punta de su cuarzo puesta á las órdenes de un moral impulso, habia producido una **«voz perpétua é inmensa, de divino origen;»**
φωνὴν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καὶ θεῖος ἄνθρωπος;
voz perpétua, porque es capaz de resistir al tiempo; voz inmensa, porque es capaz de salvar el espacio; voz de divino origen, porque no es mas que la petrificacion de la palabra, la cual no es mas que la vibracion de

la razon, la cual razon no es mas que un don del cielo.

Hé aquí, Señores, descifrado el enigma de la esencia y los orígenes de la Escritura. La insuficiencia de la lengua, inspirando el deseo de obtener la consolidacion de la palabra, á fin de dar con ella alcance á todo lugar y tiempo, determina bajo el gobierno de la voluntad un cambio de registros orgánicos que, trocando las corrientes de nuestra accion, y llevando á la mano la descarga que de ordinario vá á la lengua, transforma la expresion transitoria (lenguaje) en expresion universal é indeleble (escritura.) Al fin y al cabo no es de necesidad que la realizacion de la facultad de hablar se produzca con la lengua: los sordo-mudos con las manos se expresan y, sin embargo, no diremos de ellos que están privados del don de hablar, sino pura y simplemente de la facultad de realizarlo por el procedimiento ordinario, y con esto vendremos á convenir en que si los mudos logran hablar mediante un simple cambio de registros orgánicos, no es el escribir mas que **un cierto hablar, con carácter de fijeza**, que el hombre obtiene espontáneamente por recursos de su moral instinto. En este particular la ciencia moderna ha llegado á estas simplicísimas conclusiones: **la invencion de la Escritura no se debe á ningun hombre en particular; el género humano en masa la ha establecido, y, al realizar los hombres este progreso, no han hecho mas que explotar una divina idea.**

Por todo extremo interesantes son los detalles históricos del desarrollo de la Escritura, puesto que ellos nos enseñan cómo esta manera de expresion del pensamiento, que en los primitivos tiempos de cada pueblo ha concentrado en una sola mano los diversos ejercicios

del *pintar* y el *esculturar conceptos*, ha sido el fecundo germen de donde han brotado la Literatura, la Poesía y las bellas Artes plásticas, los cuales brotes, creciendo con el abono de las generaciones y el arraigo de los siglos, han producido las frondosas ramas de las Artes estéticas; liberal ornamento de toda civilización adulta: y si como debo atenerme, Señores, al modestísimo tema de un Discurso gratulatorio, fuera ocasión esta de esplayarme á mi sabor, seguro estoy de que lograra hacerles ver, tan claro como la luz del medio día, que las estatuas de los Vallmitjanas y los Novas... las pinturas de los Martí y los Soler... las suntuosas naves de la Seo y Santa María y los Diarios y los Libros que de mano en mano entre nosotros corren, son cosas todas hermanas carnales; aunque tan espléndida y variadamente nutridas por el progreso, que ellas mismas no sospechan su mútua consanguinidad.

Al través de la série de evoluciones que tales medros suponen, ha ofrecido la Escritura, por su parte, desde que se divorció de las Bellas Artes plásticas, muy notables modificaciones en sus signos, encaminadas al logro de sus materiales fines, á saber; claridad, concisión y precisión; de suerte que desde las primitivas imágenes de los antiguos chinos hasta los signos silábicos de la escritura *kata-kana* de los japoneses modernos, y desde los geroglíficos de la vieja hierática egipcia hasta los signos literales de la escritura *copta*, una série no interrumpida de progresos marca la mas rigurosa filiación. Asimismo ha ido tan noble arte adecuando á esos fines, según la índole de los pueblos y su idiosincracia, los instrumentos y el método. Por lo que á los instrumentos se refiere, la Escritura fué primero ejecutada

con piedras duras ó puntas metálicas, mas tarde ya con escoplos, ya con colores permanentes sólidos, ya por medio de pinceles empapados en colores diluidos, ya por el buril ó el estilo, ofreciéndonos hoy los pueblos, por este concepto, el pincel entre las razas mongólicas, la caña cortada, ó templada entre los demás pueblos asiáticos,— de donde *Calamus scriptorius* segun los latinos, — y entre los pueblos del resto del mundo la pluma de ave, la cual fué adoptada por los europeos en el siglo X, aunque personas doctas suponen, (no lo puedo afirmar), que ya S. Isidoro de Sevilla, que floreció en el siglo VII, la nombra en sus escritos: la cual pluma de ave, en fin, ha sido substituida, desde el primer tercio del presente siglo, por la pluma metálica; la de los ciento y un modelos, entre los cuales es verdaderamente el rey, artísticamente hablando, el de la pluma de oro que al amor de Vds. debo; por ostentar bella y hábilmente enlazadas la riqueza, la fuerza y la permanencia, á que se presta la pluma metálica, con la elegancia de formas propia de la pluma de ave su madre, á quien todos debemos histórica veneracion, puesto que ella en la mano de Sto. Tomás produjo la **Summa Theologiæ**, en la del Dante la **Divina Commedia**, en la de Shakespeare el **Hamlet** y el **Otelo**, en la de Vesalio el libro de **humani corporis Fabrica**, en la de Cervantes el **Ingenioso Hidalgo** y en la de mil otros preclaros ingenios otros tantos perpétuos monumentos.

Y por lo que al método en la escritura se refiere, aparécense divididas las dos superiores razas humanas; pues mientras la mongólica traza con pincel las líneas de arriba abajo y de derecha á izquierda, la semítica las escribe al través, valiéndose de cálamos, plu-

mas, etc.; siendo de notar, además, que dentro del método transversal se ofrecen tres variantes, á saber; la tradicional asiática, que consiste en escribir de derecha á izquierda, la griega primitiva, la cual, alternando la marcha de derecha á izquierda, que aprendió de los asiáticos, con la de izquierda á derecha que ideó para no interrumpir la marcha de la mano, vino á constituir una escritura en idas-y-venidas, ó recurrente-continua y, por fin, la griega de los buenos tiempos, la cual, abandonando los trazos de derecha á izquierda, sin duda por molestos, fijó definitivamente la escritura discontinua, ó simple, de izquierda á derecha, tal y como de ellos los demás europeos la aprendimos, en uso la conservamos y en herencia la transmitimos á los pueblos americanos hijos nuestros.

Mas, en el fondo de todas estas variantes, la Escritura ha sido y es la misma cosa, **una perpétua é inmensa voz de origen divino**; φωνὴν ἀπειρον κατενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καὶ θεῶς ἄνθρωπος; voz cuya trascendencia queda asombrosamente aumentada desde la invencion de la Imprenta, y garantida por los maravillosos medios de reproduccion y segura permanencia, que las ciencias físicas inventan de continuo en nuestros dias.

Y pues, en el fondo de sus variantes y progresos, escribir es hablar por divino impulso para todo lugar y tiempo, y el servicio de un divino impulso reclama de nuestra conciencia el cumplimiento de un divino fin, ¿no se les alcanza á Vds., sin necesidad de mas extensos razonamientos, cuán difícil le ha de ser, nó ya á un hombre comun, sino al que de Naturaleza ha recibido grandes dotes, llegar á merecer el dictado de escritor-modelo? ¿No imaginan Vds., cuánto ha de imponer á

todo espíritu bien intencionado tomar la pluma, para hacer públicos y permanentes sus conceptos?

De mí sé decir que hasta la edad de 38 años no osé editar las primeras páginas sobre asunto formal y de algun empeño y que, aun hoy por hoy, tiemblo cuando escribo; tiemblo, Señores, al poner en parangon mi pequeñez con la inmensa altura de los deberes que el escribir impone.

Tiemblo, al pensar que uno de los deberes del escritor público es exponer la verdad. Para exponerla, Señores, es menester poseerla; para poseerla, hallarla; para hallarla, inquirirla, y para inquirirla con éxito no basta la voluntad, sino que son esenciales instrumentos, además, el génio de investigacion, el espíritu de causalidad, el don de comparacion, la claridad de juicio y la virtud de imponer silencio á toda pasion aviesa.

Tiemblo, al considerar que es otro de los deberes del escritor público realizar y difundir el bien, ya que, como llevo dicho, la divinidad de origen de la escritura reclama la bondad en sus fines. Esta consideracion espanta á todo corazon probo y generoso, puesto que para predicar el bien no basta con la bondad de nuestro intento, (porqué tál habrá que derrame calamidades creyendo de buena fé ser por su voz propagador de dichas), sino que es menester que ese intento sea esclarecido por la mayor ilustracion, enderezado por el superior consejo, subordinado al juicio de mas acreditada sabiduría y resignado á cambiar de dictámen siempre y cuando los intereses de nuestra vanidad y los del bien público estén en abierta pugna; todo lo cual requiere, amigos míos, unas dotes de perspicuidad y de virtud extraordinarias.

Tiemblo, en fin, al reconocer que otro deber del escritor público es el infundir atractivo á sus conceptos. La belleza, Señores, es la natural vestidura y el adecuado ornamento de la *Verdad* y del *Bien*, ó en términos mas fundamentales, la verdadera *Belleza* es el aspecto que á nuestra parte afectiva ofrecen la *Verdad* y la *Bondad*, pues siendo las tres cosas reflejo de un solo y eterno Principio, si como Verdad le conocemos y como Bondad le debemos buscar, como Belleza lo sentimos y apetecemos, y al par que la retina contiene variados elementos para hacernos percibir los colores cardinales que los reflejos del sol afectan, posée tambien nuestro real sér diversidad de facultades para responder á esos tres aspectos de la divina Esencia. En este concepto, y siendo la parte efectiva la que arrastra los corazones y persuade las voluntades, tan imperativo es en el escritor el deber de expresarse con *belleza*, como el de decir *verdad* al servicio de un *buen* intento; porque lo cierto es que el escritor á quien le falten artísticas dotes no llevará legiones de soldados á la guerra, ni de sabios á la investigacion, ni de marineros á ignotas tierras, ni de mártires al cielo; y Señores, la belleza en literatura, como en toda cosa, no se dá por artificio ni por deliberado impulso; se dá porque se posée, y se posée como don natural: ya dijo Ciceron «**poeta nascitur**», y aunque añadió «**orator fit**», no creo que el gran orador romano estuviese tan feliz en lo segundo como en lo primero estuvo, ó cuando ménos atreviérame á sostener, contra el dictámen del propio Ciceron, que tambien los Cicerones **nacen; no se hacen**. Así el orador como el poeta deben su efectivo poder al génio artístico, á esa fuerza innata que ciertas almas privile-

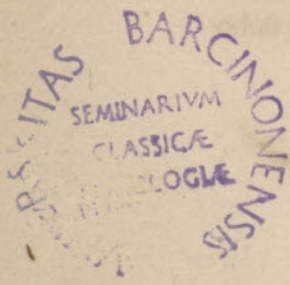
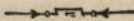
giadas poséen de educar á otras almas, logrando transfundir en ellas, envuelto en el sabroso néctar de la belleza, la Verdad, que aislada parece á muchos insípida y la Virtud, que á nó pocos sabe por sí sola á hiel y vinagre. Pues bien; esa influencia, esa inspiracion estética todos la buscan, muchos la afectan, algunos la poséen y pocos, poquísimos, aciertan á ejercitarla al servicio de un fin laudable.

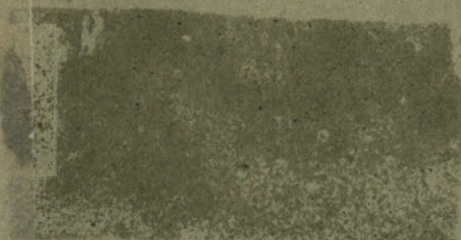
Y como quiera que para mí un hombre no puede optar al título de escritor-modelo, sino posée en superior escala ese grandioso conjunto de cualidades, no puedo, repito, en modo alguno, reconocermé acreedor al precioso símbolo que Vds. se han servido dedicarme.

Mas ello es que si la razon y la justicia me impiden admitirle, obligánme la gratitud y el cariño á no rehusarla. ¿Qué solucion puedo hallar, pues, en caso tan difícil?—Una, Señores, naturalísima; bien como suele ofrecerla todo conflicto originado por la lucha de benignas intenciones. Mi situacion es análoga á la de un sargento á quien los soldados de la compañía, agradecidos á su paternal régimen y entusiasmados por el militar ardor de qué les tuviera dadas claras pruebas, resolviesen, en un arranque de cordial entusiasmo, regalarle un fagin de General. ¿Qué hacer en ese caso? ¿Rehusarle? Nó; que eso seria ruda ingratitud: ¿ceñírsela? tampoco; que eso fuera punible desacato hácia sus jefes. No le quedaria al sargento mas recurso que conservar la para mayor estímulo, adoptarla como ideal de sus ensueños, jurando, ó merecerla, ó sucumbir en la demanda.

Tal es la situacion mia; tal es el partido á qué debo

atenerme; tal el criterio generador de la protesta que ante todo el Curso vengo á hacer y que reduciré á estos breves términos.—La áurea pluma no la rehusó, porque no debo; no la prohijo, porque no puedo; acéptola tan solo como blanco de mis miras, como estímulo de mi aplicacion, como incesante compromiso de honor que mantenga ardiente mi sangre, ágil mi cerebro, jóven y lozano mi espíritu á despecho del tiempo y la fatiga. La posesion de hecho de tan valiosa joya sostendrá en mi ánimo el noble anhelo de poseerla un dia con derecho, y la ilusion de que mis escritos lleguen quizás á merecer con el tiempo la calificacion de φωνὴν ἀπειρον κκτενόησεν, εἴτε τις θεός, εἴτε καὶ θεός ἄνθρωπος; y en cambio, Señores, en justo desagravio de la cariñosa demasia que conmigo acaban Vds. de cometer y que á perpétua aplicacion me obliga, es mi voluntad, que cuando alguien del Catedrático Dr. Letamendi les hable, le contesten con resolucion: «Nó; desde que aceptó la pluma de oro, por nosotros á él dedicada en 1874, Letamendi ya no se considera catedrático, ni aun tampoco Doctor: Letamendi ha renunciado en su fuero interno á todos sus títulos académicos, para quedarse reducido al título mas modesto, al mas útil, al mas liberal, al título que de toda personal cultura y de todo social progreso es origen y fuente; al título mas honorífico á que un hombre de letras puede aspirar;..... al título de **Estudiante perpétuo**.





(Cd(Pla))